

INOLVIDABLE VERANO DEL 76

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la página principal](#)

El regreso a casa fue necesariamente rápido por lo avanzado de la hora. Desandamos lo andado por la tarde presurosas, con el Sol cercano al horizonte. Según descendíamos por el camino y nos adentramos en la hondonada, desapareció. Enseguida, la sensación de frescura se hizo más intensa. Con la escasa ropa que llevábamos encima, no tardó en entrarnos la tiritona.

Cruzamos el río por la toma de agua de la Flor, justo donde nos habíamos citado con Adrián y Miguel para el día siguiente. En la espesura de la ribera quedamos al abrigo de miradas extrañas y así pudimos cogernos una sobre la otra para darnos calor.

-Brrrrr.... *Agosto, frío en rostro-*, dije mientras me castañeteaban los dientes. Ella paró mi marcha y se quedó mirando absorta valle abajo, como si hubiese descubierto hacia allí algo fantástico.

-Mira, Yolanda. La Luna saliendo del mar, en las primeras estribaciones del Farrubio.

Era cierto. Allí estaba el disco a rebosar, rojizo y majestuoso, emergiendo enigmático de las entrañas del horizonte.

-Es como un parto. Nace y sale a la luz, abandonando su claustro de las tinieblas subterráneas -dijo Lola solemne, con la mirada fija hacia la Luna.

Nos quedamos ensimismadas contemplando la pesadez de su movimiento, aun así perceptible con relación a las crestas montañosas. No tardó en perder contacto con el horizonte, dando entonces la apariencia de hallarse suspendida, como un globo.

-Ahora ya no se aprecia su desplazamiento. Da la impresión de que esté flotando en el aire misteriosamente. Me encanta mirarla así. Me emboba la luna llena, me atrae -siguió Lola-. La estaría contemplando horas y más horas. Me quedaría aquí toda la noche. Tú, yo y ella, las tres juntas, hasta el amanecer...

-Pero no podemos, amor. A mí también me gustaría, pero ahora tenemos obligaciones en casa. Anda, vamos, por favor...

-Bésame. Bésame, Yoli, con la Luna por único testigo. Bésame, Yolanda...

Ya iba a ponerme en marcha cuando ella se amarró por la boca contra mí, toda golosa, estrujándome. Según fui cediendo a su voluntad, el beso ganó en ternura y quedamos más sueltas. Dirigimos esta vez nuestras miradas hacia la reina de la noche, contra la costumbre. La sensación de frialdad desapareció por instantes de nuestros cuerpos, siendo sustituida por el agradabilísimo calor vital de la cercanía del ser más querido.

Estábamos sobre el muro del salto de agua, seco en la parte superior a causa del estiaje, rodeadas de adelfas en plena floración. Hasta nosotras llegaba el inconfundible aroma de los humedales. Olía a río limpio y lleno de vida, se oía el rumor del agua discurriendo cauce abajo y el croar de alguna que otra rana. Cuando al fin nos soltamos, me preguntó:

-¿No te gustaría tener alas para poder volar hasta ella, hasta la Luna? A mí sí. Daría cualquier cosa por poder vencer el peso y escapar. Escapar y fundirme con ella, adentrarme en las profundidades de su esfera...

-Para eso ya me tienes a mí, tonta. Puedes volar hasta esta mujer enamorada cuando te apetezca, yo soy tu Luna para todo lo que gustes...

-¿Sabes? Esta noche podríamos hacer otra de las nuestras. Cuando todos estén dormidos, escapar de casa y venirnos aquí, las dos juntas, a pasar todo el tiempo que nos apetezca. Bien abrigaditas, a disfrutar de una noche de luna llena sin más compañía que ella, la propia Luna...

-Vale, de acuerdo. Es una locura, pero... ¿qué importa una más? Eres fantástica, siempre se te ocurren a ti las mejores ideas...

Los primeros murciélagos se estaban descolgando ya sobre nosotras con sus vuelos nerviosos y amenazadores, indicando que era más tarde de lo esperado. Echamos a correr sendero arriba, trillado de tanto como estábamos pasando por él a lo largo de ese verano. Casi a ciegas, porque ya se había adentrado la noche sin darnos cuenta y la visibilidad era muy escasa. Pero conocíamos al detalle los desniveles, los recodos, los cardos y los tojos laterales a evitar, incluso las rocas incrustadas sobre la tierra. Pudimos caminar por él con facilidad, así que, rápidamente, ganamos la casa.

Allí nos esperaba una agradable sorpresa: nuestros hijos se hallaban en pleno trajín preparando la cena. Paco estaba en la ducha, y, como siempre, nada más aparecimos nosotras, comenzó a refunfuñar: “estas mujeres, dónde se meten, siempre llegando a deshora”. En fin, ninguna novedad en él. Sin duda, los hijos eran mucho más comprensivos con nosotras.

Cenamos dentro de casa, pues afuera caía abundante el relente de la noche y apetecía recogerse. Se notaba que era agosto adentrado en fechas. Nosotras nos encargamos de que la sobremesa fuera breve para poder huir cuanto antes de allí. Todos estábamos muy cansados del día y nos fuimos a dormir sin tardanza. Lola lo había dicho antes: necesitábamos alas para volar.

Y, cuando todo el mundo dormía, con el mayor de los sigilos, abandonamos la casa. Resultó fácil. La fría y mortecina luz lunar se filtraba por todos los rincones a través de las ventanas. En el exterior, pese a su curso bajo sobre el cielo, inundaba buena parte del valle, salvo las hondonadas. Además, durante los últimos días, yo había adquirido amplia experiencia en aquel tipo de huidas nocturnas.

Los tonos plateados infundían al paisaje un aspecto irreal, de ensueño. En las laderas montañosas, los pinos, más oscuros que los olivos, aparentaban en nuestra imaginación viejos soldados vigilando los campos. Al movernos

nosotras, tuvimos la sensación de que eran ellos los que se estaban desplazando. En los perfiles de las alturas, viejas y alargadas sabinas daban la impresión de ser centinelas espionando nuestra fuga.

A lo lejos, el cárabo dejaba escapar su canto tétrico y espeluznante: ¡uajajaja! ¡uajajaja! Nosotras estábamos acostumbradas a él desde pequeñas, pero aun así no dejó de erizarnos la piel, solas en la madrugada, en medio del valle. Caminando por el sendero, la Luna parecía moverse también a nuestro paso, pero era una ilusión óptica.

-¿Te acuerdas? De pequeñas creíamos que la Luna cambiaba de sitio al andar nosotras. O que paraba al quedarnos quietas. Pero, enfocando los ojos hacia el terreno, la ilusión desaparece -susurró ella-. Cuando se comprende esto por primera vez, empieza a superarse la niñez.

-Claro, tonta.

Todo era fantasmagórico, ambas teníamos la impresión de no hallarnos en condiciones de discernir si estábamos despiertas o soñando. Protegidas por los claroscuros, era la primera vez que podíamos caminar a nuestras anchas, sin preocuparnos por otros ojos que los de los animales nocturnos. Abrazadas, dándonos tiernos besos, haciéndonos arrumacos, descendimos hacia el río. También teníamos ganas de nosotras mismas, así que las manos se nos distrajeran sin reparos por los rincones más inquietantes de nuestros cuerpos.

Pese a lo intempestivo de la hora, nos invadió una sensación de desahogo, de libertad absoluta. Me sentía flotando y, por supuesto, para nada se dejaban notar la frialdad de la madrugada y el relente. No recordaba unos instantes tan felices, estábamos las dos en otro mundo, así que nos entregamos a nuestras impaciencias camino del azud de la Flor.

Percibí con claridad la exaltación de mis cinco sentidos. Estar concentradas en nuestros galanteos no nos impidió en absoluto detectar las rapaces nocturnas o los ruidos poco perceptibles de los animalillos terrestres. Incluso pudimos ver una lechuza que se quedó inmóvil sobre su puesto de vigilancia. Recuerdo el giro completo que a nuestro paso dio su cabeza cuando la sobrepasamos y los enormes ojazos del ave, al acecho de alguna presa. Lola no pudo aguantar las ganas y le soltó un “hola”. El pobre animal echó a volar espantado, dejando escapar su aullido característico. ¡Menudo susto se llevó la rapaz al sentirse sorprendida en su rama!

Finalmente, llegamos a nuestro claro del bosque, el escenario de tantos encuentros vespertinos. El césped se hallaba impregnado de rocío, y además, el lugar estaba demasiado escondido para poder contemplar la Luna, así que andamos un poco más por el sendero de la orilla del río hasta llegar a la toma de agua. Allí, el cauce ganaba amplitud y, aunque seguíamos en plena hondonada, nuestra compañera celeste se dejaba ver en las alturas esplendorosa, derramando su luz prestada por todos los rincones.

-¿Sabes? -le dije-. Ahora ya no parecemos un par de clandestinas huyendo para esconder aquello que más apreciamos. Volvemos a estar las tres

juntas, es estupendo. Me parece que vaya a echar a volar en cualquier momento.

-Estoy feliz de venir aquí contigo, ha sido una idea excelente.

-Y tuya.

-Ven. Sentémonos, aquí, en el ribazo, sobre el borde de la acequia. ¡Qué bien, qué paisaje tan fantástico! Esta noche no se nos va a olvidar nunca, Yoli.

Yo había traído un termo lleno de café con leche caliente para quitarnos el frío de la noche. Lo abrí y bebimos compartiendo el vaso del tapón. Me resulta difícil describir lo que yo sentí en aquellos momentos, las dos allí, juntas, infinitamente próximas, impregnándonos de aquel ambiente nocturno que para muchos hubiera resultado hostil. Pero nosotras no podíamos pedir más, habíamos desafiado la suerte al abandonar voluntariamente nuestras familias para permanecer a solas, y ahora nos estábamos empapando de la magia del lugar y de la luz lunar.

Allí permanecimos mudas, distraídas y absortas. Quietas, inmensamente quietas, como si al permanecer igual que estatuas intentásemos congelar el paso del tiempo. Yo diría que caímos en una especie de éxtasis, porque, al salir de semejante estado, la Luna había galopado un buen arco en el cielo. Entonces, Lola soltó de sopetón:

-Tengo algo para ti, Yoli. Lo he traído del Japón.

Era cierto. En sus manos había una especie de paquetito envuelto en papel de regalo, lleno de fantasía oriental. Y no, no había caído yo en la cuenta hasta ahora de que ella lo llevara consigo. Eso da idea de mi estado de transporte, similar al suyo.

-Como esta mañana tenías malos humos, lo dejé para mejor ocasión. Y creo que esa ocasión ha llegado ya. Este es el momento, Yoli.

-¿Ahora?

-Sí, ahora. Es una prenda para ti, una nadería pensada con toda la intención. Espero que te guste, amor mío.

Estábamos las dos emocionadas, ella de conocer, y yo de ignorar de qué se trataba. ¿Qué podría ser? Puso el paquetito en mis manos. Era muy ligero, apenas pesaba. No tenía ni la menor idea de lo que había dentro. Nos besamos una vez más, nos disfrutamos, nos apuramos hasta lo más profundo. Nos acaramelamos una sobre la otra. Deshice el nudo, desenvolví el contenido y, finalmente, pude verlo a la luz tenue de nuestra inseparable compañera, la Luna. Era una prenda de tejido vaporoso. Doblada, casi cabía en una mano y sobraba espacio. La desplegué para salir de dudas. Se trataba de un corsé de cintura de avispa con sus correspondientes medias a juego, todo en color blanco, que hacía resaltar más aún a la fría luz lunar todos los motivos vegetales y las transparencias.

Era un primor de prenda lo que tenía entre las manos y un puro disparate ponérmelo en semejantes circunstancias. Pero, precisamente, por eso mismo,

no lo dudé un solo instante. Sería muy difícil encontrarnos más adelante en una situación comparable a la de aquella madrugada.

-¿Te lo pondrás para mí? -preguntó Lola.

-Pues claro, amor, ahora mismo. Para ti, y también para mí. Y para la compañera nocturna que nos ilumina.

Era de locos desnudarse en medio de la frialdad de la madrugada, bañadas por la humedad casi viscosa del fondo del valle y del río, pero, a la vez, un desafío, y, por tanto, estimulante. Desnudarme y vestirme para ella, para las dos, para las tres. Ponerme el corsé resultó fácil con su ayuda, lo dificultoso fue ajustar los lazos en zigzag para cerrar el delantero. Más laborioso aún fue calarme las medias, pero, con cuidado y ayudada por ella, lo conseguí, pese a la escasa iluminación.

-Ahora los broches sujetando las ligas. Ajá, así... Yolanda, estás preciosa, única. Pareces una diosa, una divinidad del amor erótico, la Afrodita de estos valles...

-Me faltan unas braguitas a juego.

-¡Ah, no! ¡Eso no! Ya es suficiente con lo que tienes. Así, tú puedes gozar mostrando, y yo, viendo. ¿No te parece, amor? Preciosa del todo, Yoli. Y enormemente atractiva, y tan predispuesta a todo... Es mucho más excitante así, amor. Los pechos a medio vestir, que escapan de tan llenos por arriba, tan apretados, realzando su volumen. Y los pezoncitos, como a mí me gustan. Así, translúcidos bajo el tejido, ni sí ni no, sino todo lo contrario... La cintura, entallada y ajustada, siguiendo las curvas de guitarra que tienes. Y el vientre, al final, desprotegido, todo para mí... ¡Oh! Qué regalo para el tacto, y para la vista. Déjame tocarlo, déjame pasar los dedos y palparte. Qué columnas, las piernas, deliciosas de tan suaves, así revestidas... Una provocación, Yoli, una provocación para mí... Y estas barbas tan negras y espesas en el vértice, qué peligros sobre mis mejillas, sobre mis labios... Y las nalgas, aquí detrás, como dos enormes lunas llenas, apretadas una contra la otra. Déjame tocarlas, déjame acariciarlas. Así, así, Yoli. Eres un auténtico veneno para mí y no puedo resistirme, no puedo...

-¿Me consentirás un capricho? -pregunté-. A mí también me harías feliz si te probaras la prenda, si la lucieras para mí. Me agradecería verte igual que yo ahora. Debes estar fantástica, irresistible...

Pude frenarla a tiempo, y así, consintió que le traspasara el juego de inconsistentes prendas. Le ayudé a desnudarse mientras nos llenábamos de roces, de insinuaciones, estábamos excitadas como dos gatas en celo. Qué tremendo, cubrir su piel sin tapar nada y dejar a la vista lo más peligroso, o revestir sus piernas de blanco inmaculado y distanciarme un poco para percibirla con suficiente perspectiva...

Desnuda por completo, no sentía el frío exterior en absoluto, así que me acerqué para besar su vulva libre de toda protección, suave y lisa como la de una niña, una perdición para mí cada vez que la veía o la imaginaba en su

estado presente... Centré allí la atención, y, cuando menos lo esperaba, ella susurró:

-Ahora, el capricho me lo vas a consentir tú, Yoli...

-Lo que quieras. Lo que te plazca, cariño...

Como siempre, no nos perdíamos de vista en los instantes más recogidos e íntimos. Tenía sus ojos clavados sobre los míos, cuando sucedió lo que menos podía esperar. Ella, abriendo ligeramente el arco de las piernas, dejó escapar un chorrito de orina sobre mi cara, tan cercana como estaba a su antro femenino. Percibí el calor del líquido y su olor inconfundible, pero no sentí asco ni apuro alguno. Al contrario, me resultó agradable, como cualquier cosa que viniera de ella. Varios regueritos me recorrieron el rostro y, cayendo por la barbilla gota a gota, descendieron hacia mis pechos. Entre ambos, las diversas venillas de líquido se hicieron una sola corriente y, colándose, siguieron su curso descendente. Lola hizo una pausa, esperando mi aprobación.

-Más, quiero más -le dije en tono suplicante.

De nuevo otro chorrito sobre mi cara, enternecedor. Qué calorcillo y qué sensaciones me recorrieron todo el cuerpo. Estaba invadida por una paz y una tranquilidad absolutas. Ella se veía adorable haciendo manar sobre mí el líquido dorado. Qué expresión la de su rostro concentrado en la acción, nunca hubiera imaginado que aquello pudiera ser tan delicioso, tan derretidor... Me acerqué más y más al tierno brocal para no dejar escapar al aire ni una sola gota...

Recibí de nuevo su calor vital inundándome el rostro, percibí el apacible ruidillo del choque del líquido contra mi cara, lo sentí recubriéndome todo el cuerpo. Disociador, solo con eso ya estaba fuera de mí, pero quería más, quería más y, cuando las últimas gotas de orina brotaban del nacedero, eché allí mis labios para hacerme con todas ellas. Finalmente, enjuagué con la lengua cualquier resto del preciado líquido que hubiera podido quedar retenido entre los pliegues de la maravillosa oquedad...

Me tomó por los cabellos estirándolos hacia arriba, a lo que respondí poniéndome de pie frente a ella. Nos fundimos de nuevo en un eterno beso de reconocimiento mutuo:

-Eres lo que más quiero del mundo, lo que más deseo. Nunca tendría suficiente contigo, jamás te diría basta -me dijo ella al oído con voz vacilante.

Cediendo espontáneamente a nuestros impulsos, echamos entonces a correr por el césped ribera abajo, una en pos de la otra simulando una persecución implacable, como dos colegialas en plena pelea dentro del patio escolar. Pero ahora ya no había entre nosotras el silencio ni el recogimiento íntimo de las horas anteriores. En plena madrugada avanzada, llenamos nuestro rincón favorito de risas y grititos que se fueron haciendo más y más desinhibidos, más y más escandalosos... ¡Ay, que me pillas! ¡Ay, que me coges! ¡Ay, que no llego! ¡Ay, que no puedo! Y las risas, pronto fueron carcajadas descontroladas, y los gritos, a buen seguro llegaron a todos los

rincones del valle. Menos mal que todo el mundo debía dormir profundamente. Corrimos y corrimos de aquí para allá en el bosquecillo, sin darnos tregua ni tener en cuenta el sofoco de tanto esfuerzo, ni menos aún sentir el frío de la madrugada y la fuerte humedad del lugar. Finalmente, pude pillarla por uno de los lazos del corsé que Lola llevaba ya medio deshecho con tanto jaleo. Ella hizo como que caía rendida sobre el espeso herbazal y entonces rodamos por el suelo las dos, en medio de gran estrépito...

Estábamos sudadas y exhaustas con tanta carrera y tanto alboroto, pero allí no acabó todo. Para ella, eso de rodar desnuda por el césped cercano a la orilla del río fue un descubrimiento, y continuó ahora su locura dando vueltas y más vueltas sobre el suelo. Yo la imité en la acción, y así seguimos el ajeteo bañándonos ahora en el copiosísimo rocío que ya se había depositado sobre la cubierta vegetal. Rodé tras ella. Nuevos gritos y nuevas risotadas volvieron a romper el imponente silencio y la inmensa quietud de la noche. Como era de esperar, el vaporoso corsé quedó enganchado enseguida entre unas zarzamoras.

Cuando las fuerzas nos abandonaron, quedamos tendidas sobre la hierba, sin resuello, la respiración forzada y dificultosa, pero cercanas una a la otra, como siempre. Lo suficiente para poder sobornarnos ahora con el mudo lenguaje de la mirada y jugar con nuestras manos, una vez recuperados el aliento y el sosiego...

¿Recuperado el sosiego? Las sorpresas no habían terminado aún aquella noche. Lola se levantó para buscar el extraviado corsé y, sin importarle lo más mínimo, extrajo de él todo el cordón del delantero que cerraba la prenda en zigzag. ¿Qué se proponía hacer ahora? No tardé en saberlo.

-¡Levanta, Yoli, ponte de pie! -ordenó con tono autoritario.

Me ató las manos por las muñecas detrás de la espalda, sin dar ninguna explicación. “Soy su prisionera, el juego continúa. Delicioso”, pensé. Aquello no debió convencerla del todo, así que me llevó a un chopo cercano. Deshizo mis ataduras y volvió a rehacerlas, pero dejándome ahora amarrada al tronco. “¿Me abandonará aquí y se irá dejándome sola? ¿Será capaz de hacer semejante jugarreta?” Mientras me hacía estas preguntas, llegó el inicio del broche final a nuestra noche de plenilunio:

-¿Quieres que hagamos el amor como solo dos mujeres pueden hacerlo?
¿Lo deseas, Yoli?

-¿Y aún me lo preguntas?

La inmovilidad y la postura en que me había dejado invitaban a ello. Recostada sobre el tronco del chopo, que había perdido la vertical a favor del viento dominante del Norte, me tenía por completo al alcance de sus deseos. Deseos que, por supuesto, no es necesario decirlo, eran también los míos. Atada sin remedio y a merced de sus caprichos, sin otra alternativa que entregarme a ella tras toda una noche de desvaríos, me descompuse de tal

manera que estuve a punto de tener un orgasmo solo de verme en semejante situación, absolutamente idílica para mí en aquellos momentos.

-Abre un poco las piernas y deja que me encaje sobre ti... Así, muy bien. ¿Lo ves, tonta? No hace falta ser un hombre para poder cubrirte y llenar tus vacíos... Perfecto...

Acoplamos nuestras vulvas tanto como nos fue posible. Ella me tomó con sus manos por la cintura, y con solo ese acto, ya experimenté la primera descarga gozosa de la sesión.

-Deja que me separe un poco de ti para poder sentir mejor el roce de tus greñas. Así. ¡Oh, qué vergel de negruras acariciando mi piel recién afeitada! ¡Ooooh!

Con sus manos encajadas en mi cintura de continuo, siguió frotándose contra mí en diferentes niveles de intensidad y cercanía. Poco a poco, nos fuimos acoplando más y más, y al calor de la fricción pudimos sentir nuestros vacíos henchidos contra los invasores entrantes de la otra, terso sobre terso, suave sobre suave, y, por supuesto, nuestras miradas siempre fijas en la contraria, engatusándonos con los ojos, como de costumbre, pues nos devorábamos con ellos más que por otros medios... Acompasando los movimientos de ascenso y descenso, nuestros cuerpos, espoleados por la pasión, ejecutaron los interminables actos de aquella sinfonía recién aprendida hasta sufrir sucesivos cataclismos internos...

¿Cuántos seísmos estremecieron una vez tras otra nuestras bien agasajadas entrañas? Y, ¿cuántas veces se propagaron a lo largo de nuestros cuerpos hasta las zonas más remotas, conmoviéndonos por entero? No podría asegurarlo, y tampoco importa ahora demasiado, pero las dos tuvimos entonces el mismo parecer: ningún hombre hubiera sido capaz de nuestra femenina continuidad en los prolongados festejos que nos dimos aquella noche, ni se le habrían ocurrido las fantasías con que nos mimamos, ni podría habernos aportado la serie de gozosos finales con que culminamos cada uno de nuestros actos. Ni nos hubiera llevado a aquella sensación de encontrarnos fuera del mundo, de escapar de lo cotidiano, de perder la noción del tiempo. Solo lo logramos con nosotras y entre nosotras en cada encuentro amoroso...

Lola puso en práctica aquella madrugada lo aprendido con una extraña el día anterior, era evidente después de haberse sincerado conmigo. No fue una improvisación, estaba enseñada, pero tampoco me importó demasiado. Al contrario, nuestra relación se enriqueció y ganó en solidez momentáneamente...

Al final, se nos había hecho tan tarde que ya se presentía el final de la noche. La Luna caía sobre el horizonte occidental y por el punto opuesto comenzaba a clarear el día. Me desató, nos vestimos y aún fuimos a echar una última ojeada panorámica al pequeño azud de la Flor.

Hacia el Este ya se perfilaba la inconfundible forma de uve de la entrada del valle, con el Farrubio a nuestra derecha y la Peñaflor a la izquierda.

Surgiendo del borde del horizonte se alzaba majestuosa la estrella principal del Can Mayor, Sirio, la misma que indicaba a los egipcios la llegada de la inundación del Nilo y a los romanos el período álgido del calor estival. A su izquierda y un poco más alta, Procyon, el Can Menor. Una y otra eran los dos perros que, en el relato mitológico, acompañaban en sus cacerías al gigante Orión, un gigante tan alto que llegaba a alcanzar las nubes con su cabeza. A estas horas, la constelación lucía magnífica su forma inconfundible: las tres estrellas del cinturón, la maza y el arco arriba, sus enormes piernas debajo.

-¿Te acuerdas de esas tres estrellas en línea? -susurró Lola-. Son las Tres Marías. Nos lo enseñó papá de pequeñas, cuando nos quedábamos a dormir aquí en el tiempo de la trilla.

Era cierto. Estábamos aún melosas, no habíamos marchado de allí por nada del mundo. Pero era preciso volver a casa antes de que Paco se levantase y evitar así ser descubiertas. Todo volvía a la normalidad... de momento.

Habíamos pasado la noche en blanco y teníamos una cita pendiente con Miguel y Adrián allí mismo, en la toma de agua de la Flor, tan solo a unas pocas horas de distancia.

Estaba claro, nos encontrábamos pasando una segunda y maravillosa etapa juvenil, una réplica de la ya casi olvidada adolescencia.

Nuevas sorpresas nos esperaban en la mañana siguiente.

[Contactar con la autora](#)

[Volver a la página principal](#)

Creaciones Erotismo Fantástico